

ción! Iluminad á esos ciegos sentados en la obscuridad de la muerte! Y si llegan á perpetrar ese crimen, sepan después de mis días esos desgraciados, que yo, pobre monja capuchina, objeto de sus iras, los amé, rogué por ellos y pagué con cariño del alma el odio que me profesaron.

A los que me han jurado muerte y exterminio, les juro amor y piedad, mientras el corazón palpita en mi pecho.

A los que me quieren arrancar de la soledad y destruir mi deliciosa morada, nido de palomas sencillas, á esos también les debo amor, y con amor y compasión responderé á su odio y aborrecimiento.

Quiero que sepan mis perseguidores, por si esto puede llevar luz á su mente y ternura á su corazón, que mi última palabra será palabra de perdón para ellos; y abrazada con mi crucifijo en el lecho mortuario, diré como Él espirante en la cruz: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.



XX

LA CUENTA DEL DÍA.

En una noche oscura,
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Sola mi alma y callada,
Así habló con Jesús enamorada.

RENDIDA y fatigada de las faenas del día, vengo aquí, ¡oh Jesús de mi alma, para darte cuenta de ellas, antes de retirarme á descansar. Desde que las primeras tintas de la Aurora blanquearon el Oriente y el tañido de la campana despertadora vibró sonoro en el espacio, ¡ay! desde entonces no he tenido un momento de reposo: acá y allá, abajo y arriba, me he movido incesantemente á impulsos de tu voluntad, como se mueven las hojas de los árboles al sople de la blanda brisa.

Pero tu dulcísimo y amoroso recuerdo me ha seguido á todas partes: ¿no es verdad, vida mía? ¡Sí, sí, á todas partes! Donde quiera que me he hallado, he dirigido mi pensamiento á tu Sagrario, y mis ojos han

buscado ansiosos el lugar donde tú reposas, para enviarte una amorosísima mirada; y de mis labios ha brotado entonces un amante suspiro, que penetrando la puerta de tu prisión ha venido á perderse en ese estrecho recinto donde tú moras.

Donde el avaro tiene su tesoro, allá tiene su corazón: y como tú eres mi riquísimo tesoro, por eso aquí tengo mis pensamientos! aquí los afectos de mi alma! aquí los deseos de mi corazón!

Mas ¡cuánto deseaba verme libre de todo, venir á tí, y postrada de hinojos ante tu altar derramar mi corazón en tu presencia! ¡Ay, Dueño mio! ¡Cuánto lo deseaba! Aquí me tienes; pues, vida de la mia! ¿Ves? estamos solos, como los verdaderos amantes que no se comunican los afectos de sus corazones más que cuando la dulce soledad los pone á cubierto de curiosas miradas. Puedo, pues, á mis anchas decirte lo que mi corazón siente, sin que oídos humanos lo perciban. Sólo esas lámparas que arden ante tu divino acatamiento, esparciendo sus apacibles rayos por el templo y bañando de místicos resplandores ese altar donde tú moras, sólo ellas serán los mudos testigos é intérpretes quizás de lo que mi corazón siente en tu presencia soberana.

Si; decidle vosotras, lámparas brillantes, que en su adoración está mi vida; decidle que su amor es mi recreo; que ya en nada terreno goza mi alma, y que de todas mis delicias él es el centro. Sí, ¡vida mia! tú me atraes como el imán al acero. ¿Qué sería de mí, si no hubiese Sagrarios en la tierra? ¿Qué sería del sediento sin las fuentes de agua clara? ¿Qué del hambriento sin el pan de la vida? ¿Qué del triste desterrado sin un consuelo divino? Por eso cuando en horas tristes y desconsoladoras el llanto corre por mis mejillas, acudo á tí, vida mia, y corro á postrarme en tu

presencia, como se arroja un niño en los brazos de su madre; y cuando fijo mis ojos en tu altar, tú enjugas mi llanto, y me haces sonreír, como sonríe el marino cuando al rayar la aurora descubre entre la espesa bruma las cercanas costas del puerto deseado. ¡Sí, Jesús de mi alma! tu altar es para mí la costa de mi esperanza, y tu Sagrario dulce puerto en el mar de mis pesares.

Aquí en tu presencia olvídomme del mundo y de que soy mortal, y por lo mismo peregrina: deslizanse las horas veloces como el rayo, y delicias celestiales consuelan mi dolor; porque al verte en ese altar, como compañero de mi destierro, se me hace más agradable la vida, que momentos antes parecía aborrecer; y enagenada de goces celestiales, te canto mis amores y te doy mi corazón.

Mas... ¡ay Jesús mio! ¿Qué sonido es ese que ha llegado á mis oídos, haciendo suspirar á mi corazón de pena? Ah! el insensato reloj que me anuncia ser llegada la hora de tener que separarme de tí! ¡Cruel! ¿Por qué vienes tan presto á despertarme de este dulcísimo sueño? ¿Por qué caminas tan lentamente, cuando yo con amorosa impaciencia espero ver llegada la hora feliz de venir á la presencia de mi amado? ¿Y por qué corres tan veloz, cuando yo, olvidada de todo lo terreno, le cuento mis amores, gozando en esta dulce soledad de su amable compañía? ¡Ay! desde estas rejas, contemplando tu altar, dulce bien mio, se me pasan las horas rápidas y fugitivas!

Pero ¿quién tiene poder para arrancarme de aquí, Jesús de mi alma? En tu presencia me olvido que soy mortal y que mi naturaleza debil y terrena me exige el reposo y el descanso impuestos por la obediencia. ¿Reposo? ¿descanso? Pero si yo reposo, si yo descanso en tu presencia, encanto mio! El cuerpo flaco es el

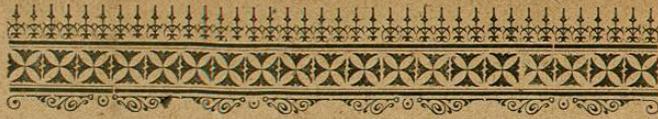
que se fatiga y me exige que de aquí me aparte, para dormir. Si al menos mi lecho pudiera ser tu altar... y yo pudiese pasar la noche de rodillas apoyada mi frente sobre la dorada puerta de tu prisión de amores!...

Al pensar que tengo que abandonarte, fijo mis ojos en esas lámparas, y de su constancia fiel siento celos... ¿Qué no pueda yo hacer lo que practica ese misero instrumento? Ellas permanecen noche y día constantes en tu divino acatamiento, enviándote sus débiles y suaves resplandores, esparciéndose más y más en el silencio y soledad de la noche, cuando los mortales te abandonan... ¡Émula tuya soy! ¡lámpara humilde! ¡yo envidio tu dichoso destino! ¡yo quiero que mi vida se consuma, como se consume la tuya, ante la soberana presencia de mi Dios! ¡Sí; yo quiero que mi vida se consuma de amor constante, como la tuya: tú le acompañarás con tus misteriosos resplandores, y yo de rodillas con mi ser entero, ardiendo ante el Sagrario, sin eclipses, cual tú, luciendo siempre.

Pero ¿qué mágico poder es el que aquí me detiene? ¿qué poderoso imán tienen estas rejas, desde donde te contemplo, oh Jesús mio? Al hacer ademán de separarme de tí, parece que brota de ese Sagrario una voz dulcísima y melódica que repite á mi oído: ¿Ya te vas? ¿tan presto me dejas? ¿Yo dejarte, vida mia, cuando he hecho mi habitación en ese estrecho pero delicioso recinto donde tú moras? Destruye tú ahora, Jesús mio, destruye esta cárcel en que mi alma está prisionera: librame ya de este cuerpo que tantas veces me rinde y me avasalla á pesar mio; y así mi alma se unirá más estrechamente contigo! ¿No lo quieres destruir? Pues...

¡Adiós, Jesús de mi alma! que no puedo detenerme más: El deber me obliga á separarme de tí, y ence-

rrarme en la celda. Adiós, vida mia!... pero ¡ay! un momento no más! Desde allí, bien mio, te enviaré mi último suspiro, que en alas de mi amor vendrá á perderse al pie de tu copón, donde mi alma vela, ama y adora, mientras yo reposo. Adiós.... *Ego dormio, sed cor meum vigilat.*



XXI

ESPERANZAS TRISTES.

TRISTES cosas me han anunciado, y como espero que llegarán, tristes son hoy mis esperanzas. Me han dicho ¡oh Jesús mio! que vas á poner mi amor á prueba, que voy á sufrir persecución de las criaturas, y que me vas á tratar con desvío. ¿Será verdad, Rey de mi alma?

Si tú aparentemente me abandonas, si va á descargar sobre mí tempestad desoladora, si voy á verme como sumergida en un mar de penas y dolores, sin Esposo que me aliente y acaricie, sin Padre que me consuele; si vas á dar poder al enemigo para que arroje á mi corazón emponzoñadas saetas de dudas y tentaciones, ¿qué haré yo entonces? ¿Te volveré á ser ingrata? ¿Volveré á serte infiel, Esposo mio? ¡No! mil veces ¡no!

Yo cubriré mi cabeza y frente con un fuerte casco, para resguardarla de los golpes de mi enemigo; pondré sobre mi pecho la cota de la mortificación, para evitar que el corazón sea herido de muerte; y colocando tu cruz como sello sobre mi pecho, y como escudo sobre mi brazo, saldré al encuentro de mi adver-

sario gritando: ¡Á la lid!... ¡á la lid!... Á sufrir, á luchar, á vencer, á pelear con valor, con fe por el Amado de mi corazón! Y peleando yo así por tí, que eres mi Dios, Dios de los ejércitos, poderoso en las batallas ¿quién duda que saldré vencedora?

¿Pero me vas á abandonar? ¿te vas á ausentar de mí, bien mio? ¿me vas á dejar sola? ¿qué hará la nada sin tí? ¡No te vayas! ¡no me dejes! ¡no te ausentes de mí ni un solo instante, ¡Amado mio! Y si te vas ¿tus ausencias serán muy largas? ¿Serán para mí muchas las noches sin estrellas? ¿Será posible que estés tú, Amado mio, mucho tiempo ausente de un corazón que por tí solo palpita? ¡Ay! entonces yo te buscaré, yo te llamaré, yo suspiraré y lloraré por tí, cual la tortolilla errante en la selva, que va de encina en encina, buscando con dulcísimos arrullos á su amante compañero.

Pero, Jesús, vida mia, y Esposo mio; no puedo creer que estés mucho tiempo ausente de un alma que por tí pena, que sin tí no vive; ¿verdad que esto no es posible? Tus ausencias serán cortas, como las del sol oculto tras ligera nube en día de verano: y.... aunque sean largas, cuando tú vuelvas, me encontrarás más enamorada, más rendida, más deseosa de tí y más amante por tu larga ausencia.

Entonces yo, loca de amor y alegría por tu vuelta, te cogeré dulcemente de la mano y te llevaré al jardín de mi alma, á tu huerto cerrado, y me sentaré á reposar contigo y á darte amorosas quejas por tu ausencia, ausencia que me harás olvidar bien pronto, llenando mi corazón de alegría. Y yo en recompensa te diré una y mil veces que te amo con todas las fuerzas de mi pobre corazón; que soy tuya, sólo tuya, y que sólo para tí vivo: porque eres mi esposo, mi único amor. ¡Oh amor mio y Esposo mio! ¡Cuán dulce es esta palabra á mi paladar! ¡Cuán orgullosa estoy de tener un

Esposo tan divino! ¡Esposo!... Algunas veces esta palabra la pronuncio con temor, y otras no me atrevo, no sé por qué, á llamarte así. ¿Por qué es esto, vida mia? ¿No se ha desposado mi alma contigo? ¿no te pertenece mi sér? ¿no soy toda tuya? Sí ¡Jesús! tuya soy, y tuyo mi corazón!

Este corazón tú lo criaste para amar, para adorar, para idolatrar, pero no las vanidades de la vida, no las riquezas de la tierra, no á criatura alguna, sino á Tí mismo que le diste sér; y por eso tuyos son ya todos sus latidos, tuyas todas las horas de mi existencia. De noche, antes de entregarme al reposo, mi último pensamiento es para tí; y al reclinar mi cabeza sobre la dura tabla que de almohada me sirve, la última palabra que pronuncian mis labios es para tí; y mi sueño es también tuyo; y al despertar, tuyo es también mi pensamiento, tuyo el primer suspiro de mi alma. Y á semejanza de la lámpara que arde delante de tu Sagrario, cuyo último destello de vida es un debil rayo que envía hacia el altar, así el último latido de mi corazón, el último soplo de mi vida, quiero que sea un *¡te amo!* que, atravesando el espacio, vaya á tener su eco en tu Divino pecho allá en el cielo.

¿Y qué quieres que te diga más, vida mia? ¿Qué más quieres que te diga para probarte la firmeza de mi amor? ¿Quieres que te dé una queja? Pues bien, dime: ¿Por qué eres desdeñoso conmigo? ¿Por qué eres para mí un amante tan oculto, un Dios tan escondido? Yo, prisionera por tu amor, me acerco con frecuencia á las rejas que dan á tu sagrario, y en ellas postrada lloro; allí te cuento mis amores, allí te confío mis penas, y tú... siempre en silencio, siempre oculto, siempre escondido, siempre entre velos. ¿Por qué lo haces así, luz de mis ojos? ¿Por qué te ocultas tanto de mí? ¡Ay! este muro de carne tiene la culpa; este cuerpo

mio es quien te esconde á las miradas de mi alma. ¿Cuándo lo vas á destruir?

Mientras yo viva en él... darte gusto en todo, sacrificarlo todo por tí, y procurar no ofenderte en nada, será mi ocupación sobre la tierra. Así cumpliré á la letra la palabra que te dí en el siglo aquella vez que acercaste á mis labios el cáliz de amargura. ¿Lo recuerdas? Yo te dije: No me hagas sufrir más ¡vida mia! llévame ya al convento y verás como allí vivo sólo para amarte, lejos de las borrascas y vanidades del mundo. Y... ya lo ves; para tí sólo vivo en este rincón de la tierra, ignorada de las gentes, olvidada del mundo y oculta á los ojos de los hombres!

Sí ¡Jesús mio! para tí vivo y para tí viviré lo que me queda de existencia en este valle de lágrimas, hasta que tú cortes los lazos que me sujetan á la tierra y mi alma vuele á su patria para unirse á tí y no separarnos jamás.

XXII

ESTANDO EL AUSENTE.

QUIÉN dará gemidos á mi corazón y fuentes de lágrimas á mis ojos para llorar, no como Jeremías la pérdida de la ciudad santa, sino el perdimiento y ausencia del Amado, como lo lloró desconsolada la verdadera Esposa de los Cantares?

Dame, atribulado Job, dame tus sublimes lamentos para llorar mi desgracia: y vosotras, almas amantes, venid á llorar conmigo la amargura de mi triste soledad.

Trueca, alma mia, tus cánticos amorosos en tristes endechas, y no des fin á tus gemidos, ni descanso á tus pupilas, hasta encontrar el bien perdido. Llorad, ojos míos, llorad y no reposéis hasta mostrar con rios de lágrimas el sentimiento que os causa la ausencia de Jesús. Suspira, corazón mío, y con enternecidos ayes declara tu pena por haber huido de tí tu único amor.

¡Ay de mí! ¿A dónde se fué mi alegría? ¿Dónde se ha escondido mi luz? ¿A dónde está el bien de mi alma? ¿En dónde se ha ocultado mi Amor? ¿Dónde mora el objeto de mis ansias? ¿Dónde está mi Dios?

Amarguras del infierno han venido sobre mí, y dolores de muerte me cercan por todas partes. ¿Qué haré? Si me quedo así, no descanso; si salgo á buscarlo, y

me aparto más de él, mi muerte es segura, porque sin Jesús vivir no puedo. ¿Qué haré? ¿Quién se compadecerá de mí? ¿A quién preguntaré por él? ¿Quién me dará noticias de mi Amado? ¿Quién le contará mis penas? Hijas de Jerusalén, yo os conjuro, á que si por ventura encontráis á mi Amado, le digáis que muero de pena y desfallezco de amor. Y vosotros, ángeles del cielo,

Vosotros los que andáis
Las obras del Eterno visitando,
Si á mi Jesús halláis,
Con tono dulce y blando
Decirle que por El quedo penando.

¡Oh, Jesús mio! si estando lejos de tí, me llamaste; si me buscaste cuando andaba yo perdida y huyendo de tí; si cuando no te amaba viniste á mí y me heriste con tu amor; ¿por qué ahora que te amo más que á la vida, te apartas de esta pobre pecadora? ¿Por qué me abandonas ahora que por tí lo dejé todo?

¿Por qué tanto desvío?
¿Por qué el sol de tu rostro se me esconde?
Amado dueño mio,
Amoroso responde:
¿Dónde hallarte podré? dímelo, dónde?

¡Oh alma mia, y qué horrible incertidumbre! ausente de tu amor, y acaso desdeñada de El... ¿qué harás? Volverás al mundo? Sí! al mundo; pero no para buscar consuelo en las criaturas, sino para buscar á mi Amado por calles y plazas, por valles y montes, por prados y desiertos, hasta que logre hallarlo y abrazarme con El. Sí!

Buscando mis amores:
Iré por esos montes y riberas,
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.

No quedará criatura á quien no pregunte por El. Al cielo que sus manos formaron; á la luz, destello de su hermosura; á la tierra, regada con su sangre preciosa; á las fuentes y los ríos, á los animales y plantas, á los hombres y á los ángeles preguntaré por El.

¡Oh bosques y espesuras
Plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
De flores esmaltado!
Decid si por vosotros ha pasado!

Flores del campo, decidme, ¿dónde está el que os vistió de tan preciosos colores, y os enriqueció con tan delicada fragancia? Aves del aire, vosotras que en rápido vuelo cruzáis los espacios, ¿habéis visto á mi Amado, el que dió ligereza á vuestras alas? ¿A dónde lo hallaré? En dónde está? ¿Acaso mi Pastor divino, sesteá con su ganado en la frondosa alameda? ¿Estará en el valle abrevando á sus ovejas en la clara fuente que brota de su Corazón? Ay! entonces...

Pastores, los que fuéredes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura viéredes
Aquel que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.

Mas ay de mí! que ni el cielo, ni la tierra, ni las flores, ni las plantas, ni los ángeles, ni los hombres me dan nuevas de El! ¿Qué haré? ¿á dónde iré? ¿á quién acudiré? A tí, y solo á tí, Jesús mio! ¿No dijiste tú, pedid y recibiréis, llamad y os abrirán, buscad y encontraréis? ¿Pues cómo buscándote yo tan de veras, no te encuentro? ¿Cómo te llamo y no me respondes? ¿Cómo te pido y no me das? ¿Dónde está el cumplimiento de tu promesa? ¿Qué se han hecho tus antiguas misericordias? ¿En qué ha parado la fineza de tu amor? ¿Qué

desdén es este que conmigo usas? ¿Por qué tanto desvío? ¿Para esto me trajiste á la soledad, donde hablas al corazón palabras de vida? ¿Para eso me pusiste aquí en el valle ameno de la Religión?

No sé de qué condición te has vuelto, Pastor divino; antes buscabas la oveja perdida para llevarla sobre tus hombros al aprisco; y ahora huyes de la oveja que te busca y te llama con amorosos balidos. ¿Por qué así? Aquí ando en el convento, como oveja en el redil, hecha mártir de la obediencia, sierva de la castidad, víctima de la pobreza, sacrificándome por verte, por oír tu voz siquiera; y tú sordo á mis gemidos te escondes... te escondes, y me dejas sufrir á solas.

A media noche me tocan la campana, para cantar tus alabanzas; interrumpo el sueño, dejo la cama y marcho presurosa al coro á donde me llama la voz del metal bendito, diciendo: *Sponsus venit*, pero por más que corro, siempre hallo la puerta cerrada, aunque llegue la primera. Luego muy de mañana, antes de amanecer, me levanto de nuevo á buscarte, y habiendo tú dicho que si te buscan de madrugada te hallarán, soy tan desgraciada, que sólo en mí no tienen cumplimiento tus promesas.

¿Hasta cuándo vas á tenerme así, Dios mio? Tú eres luz de mis ojos, descanso de mi corazón, alma de mi alma y vida de mi vida; pues entonces,

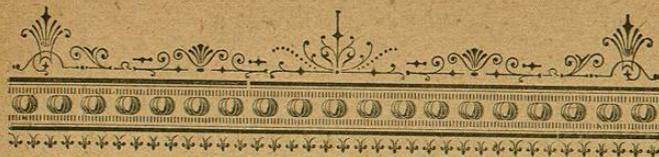
Estando ausente de tí,
Qué vida puedo tener,
Sino muerte y padecer
La mayor que nunca ví?
Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero, porque no muero.

Y no me digas, encanto mio, que te poseo, que eres mio, que te tengo en el sagrario, y que estás á mi dis-

posición sacramentado en el tabernáculo: no me digas eso, porque,

Cuando me empiezo á aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me causa más sentimiento
El no poderte gozar;
Todo es para más penar,
Por no verte como quiero...

Si! todo es para más penar, mientras mi alma no sienta otra vez tu presencia regalada. ¿Por qué te ocultas en caliginosa nube ó en luz inaccesible, donde yo no puedo verte? ¿Por qué huyes á esa apartada región, donde yo no puedo seguirte? ¡Vuelve, Amado mio, vuelve! ven, que mi alma te espera! ven y no pasen muchas horas sin que yo pueda decir con la Esposa de los Cantares: Hallé al que ama mi alma: téngole y no lo dejaré; porque de hoy más, mi Amado será para mí y yo para mi Amado.



XXIII

DESPUÉS DE LA AUSENCIA.

AVERGONZADA estoy de las quejas que te dí, ¡oh Amor de mi alma! Humillada y confundida con la frente pegada al polvo, me tienes aquí, pidiéndote perdón de mi atrevimiento.

¿Cómo tuve osadía, Jesús mio, para entrar en juicio contigo, sabiendo que ningún viviente será justificado en tu presencia? ¿Cómo tuve valor para llamarte desamorado, y quejarme de que pagabas mal mis servicios y no correspondías á mi afición?

Yo, concebida en culpa, nacida en miserias, criada en vicios y crecida en maldades, ¿cómo tuve audacia para tanto? ¿Qué hice, Señor? Hablé como necia, porque la fuerza del dolor me hizo olvidar quién eres y quién soy; cómo te portas conmigo y cómo te respondo. Y así,

En lo mucho que me quieres
Y en la paga que te doy,
Mostramos entrambos hoy,
Tú que das como quien eres,
Yo pago como quien soy.